

# La mulata: parece blanca, pero... ¿lo es?

Víctor Manuel Domínguez García.  
Escritor y periodista.  
La Habana, Cuba.



**E**l mestizaje continúa siendo uno de los mitos culturales de mayor duración y debate en los países de Iberoamérica, y Cuba no es la excepción. A pesar de la manipulada versión oficial de que todos somos iguales, la desventaja social del negro y la ambivalente definición de la identidad racial de los mestizos, los convierte en objetos de la discriminación por el color de su piel.

Sin pretender ahondar en un estudio antropológico, sedimentado en Cuba por la

transculturación que describió Don Fernando Ortiz, abordaré algunos rasgos de la vigencia del “síndrome de Cecilia”, como definió Inés María Martiatu el trágico afán de la mulata cubana por blanquearse y ascender en la escala social.<sup>1</sup>

Muchos de los prejuicios raciales en torno a la mulata comienzan a tener relevancia con la aparición de Cecilia Valdés, personaje protagonista de la novela homónima de Cirilo Villaverde, afincado en el contexto social de

esclavitud y coloniaje español en el siglo XIX y convertido mucho tiempo después en paradigma de la cultura nacional.

De ahí que no sea otro estéril ejercicio tautológico asegurar que el mito sobre si la mujer mulata es negra o blanca en nuestro imaginario popular nace con Cecilia Valdés, se estrena como estereotipo en los escenarios del teatro bufo y sobrevive en los solares de la capital y cualquier sitio de la Isla durante la etapa republicana (1902-58).

En la Cuba de hoy, algunas mulatas pasean su aparente dualidad racial por el Centro Histórico de La Habana Vieja, vuelan del brazo de un español en una aeronave de Iberia y son asociadas, por la herencia mestiza de su imagen, a una sexualidad desenfrenada o por lo menos libre, en las canciones de moda, los videoclips y en una marca cubana de ron. La tragedia que representó para la mulata de la época decimonónica y republicana: “ser la mujer fatal que no tenía cabida en la sociedad por su mestizaje”<sup>2</sup>, continúa latente hoy por su condición “birracial”, con plena aceptación y aún ciertas ventajas que da el poder de atracción sexual de su figura en el patrón de belleza de algunos visitantes europeos y en el gusto del cubano promedio a nivel de país.

El término birracial, acuñado por Sandra del Valle para “designar un estado dual de acuerdo a la identidad racial, donde la posibilidad de ser reconocido como perteneciente tanto a la raza negra como a la blanca coloca al individuo fuera de los órdenes raciales establecidos”, ubica a la mulata en un estado intermedio y, por tanto, indefinido, en el espejo étnico de la sociedad.<sup>3</sup>

### *El síndrome de Cecilia*

Las expresiones peyorativas y los elogios, por su apariencia externa de dualidad racial,

confluyen sobre la mulata siempre teñidos de discriminación. Tanto si presenta la estereotípica esbeltez de su figura, el tono de su piel y el pelo estirado, como si posee iguales atributos corporales, pero con la piel negra y el cabello lacio, es víctima de prejuicios por su falsa identidad.

El problema está en que las mulatas atrapadas en el “síndrome de Cecilia”, por tal de ser tomadas por blancas o aparentarlo, no escatiman esfuerzos para lograr un propósito que, una vez conseguido, las convierten también en discriminadoras de aquellos que no consideran iguales, dado el supuesto nivel alcanzado con su impostura racial.

En una de las escenas de *Parece blanca*, obra teatral con libreto y puesta en escena de Abelardo Estorino sobre el mito de Cecilia Valdés (desde la apropiación libre de la novela de Villaverde), el dramaturgo plantea el paso de la protagonista por un aprendizaje de su racialidad y del privilegio de la blancura.

Como bien señalara Sandra del Valle, “es precisamente la abuela negra la que la inicia de niña en esta **cultura del color**, y de la discriminación racial. En este pasaje de la obra, “se hace evidente el discurso racista y autoflagelador de la abuela y la ponderación del ser casi blanca”:<sup>4</sup>

**CECILIA:** Yo estaba jugando a la lunita con Nene.

**CHEPILLA:** ¡Buena pieza! Una pardita andrajosa y chancletera.

(...)

**CHEPILLA:** No tienes que mezclarte con esos negros.

**NEMESIA:** Esta vieja odia a los negros como si hubiera nacido en Galicia.

**CHEPILLA:** Tú pareces blanca. Mira esa cara. ¿Ves la piel? Blanca. Y fijate en la nariz, afilada como la de una señorita. Y ese pelo, ese dice que tienes sangre blanca.

**CECILIA:** La piel y el pelo bueno no me sirven de nada.

**CHEPILLA:** Cuando seas una mujer y te llegue el momento de buscar marido vendrá un caballero blanco y te pedirá en matrimonio y te llevará a una casa con pisos que brillan como espejos y tendrás coche...

**CECILIA:** ¡Coche!

**CHEPILLA:** ... y vestidos...

**CECILIA:** ¡De París!

**CHEPILLA:**... Y yo no diré nunca que soy tu abuela y te veré de lejos, siempre de lejos. (...)

**CECILIA:** Yo quiero vivir siempre contigo

**CHEPILLA.** Oh, si supieras lo que significa ser blanco en esta tierra...

Estos prejuicios de la propia identidad racial no sólo conllevan a la caída de la autoestima, sino que también destruyen un entramado de riquezas estéticas y culturales heredados de sus ancestros africanos y envilecen o humillan al portador de una máscara que nunca logrará borrar los trazos espirituales grabados bajo el color de su piel.

Uno de los desenlaces de la ambigua identidad racial asumida por Cecilia Valdés, luego de aprehender las enseñanzas de su abuela y decantar de su birracionalidad el componente negro para blanquearse y subir en la escala social, ocurre en “el baile de la gente de color”, descrito por Villaverde en su abarcadora novela costumbrista.

Ante el exclusivismo de Cecilia de aceptar los halagos y bailar sólo con mulatos “ilustres y refinados con las damas”, como el famoso violinista José María Brindis de Sala o el poeta Gabriel de la Concepción Valdés, “Plácido”, personajes reales introducidos por Villaverde en la trama de su novela, el autor argumenta el desdén que sentía la protagonista por alguien que, desde su “blancura”, consideraba inferior: “Cualquier mediano observador

pudo advertir que, a vueltas de la amabilidad empleada por Cecilia con todos los que se acercaban, hacía marcadas diferencias entre los negros y los mulatos”.<sup>5</sup>

Este acto discriminatorio de Cecilia con los de su propia raza y ambiente social, tuvo su colofón al rechazar bailar con un hombre por el color negro de su piel. En un diálogo que denota los prejuicios y humillaciones dados y recibidos por la mulata en su afán de blanquearse, el autor le arranca la máscara de su aparente color: “Cuando la niña Cecilia, en respuesta a las reconveniones del hombre le contesta: Pues yo no lo conozco a Vd., ni..., este le riposta: ¿Ni le importa tampoco a la niña? Lo comprendo. Debo decirle a la niña, sin embargo, que la niña me desprecia porque se figura que como tiene el pellejo blanco es blanca. La niña no lo es. Si a otros puede engañar, a mí no”.<sup>6</sup> Según se desprende de los argumentos literarios planteados por Villaverde y revisitados por Abelardo Estorino en torno a la identidad racial de Cecilia Valdés, la mulata parece blanca, pero ¿lo es?

### *La mulata: del barracón al Iberia*

Los infructuosos debates discriminatorios para definir si la mulata es blanca o no, han generado incontables humillaciones y prejuicios a través de los siglos del mestizaje racial dentro del país. Y un punto cenital en la encrucijada donde se debatió el término de mulata para definir su identidad por el color, fue el teatro bufo cubano. La presencia en escena del gallego, la mulata y el negrito, más que un ejercicio de integración y muestra de cubanía, fue la discriminación camuflada tras el maquillaje del choteo racial, que mostraban la supuesta vulgaridad y el nivel inferior de los negros y mestizos respecto a quienes tienen blanca la piel.

Según Inés María Martiatu, “al acercarse al bufo, la crítica se manifiesta de diferentes maneras. Algunos hacen énfasis en su comi- cidad aplaudiéndolo como un teatro simpá- tico, supuestamente popular, costumbrista, olvidando todo lo que ese teatro denigra y excluye y el tono ligero en que se ha movido, que no va más allá de una mirada anecdótica y superficial de la realidad.<sup>7</sup> Sin embargo, “uno de los ejemplos más ilustrativos del discurso de la injuria racista, reiterada en el teatro bufo, es el que expresa que los mejores inventos de los gallegos fueron el porrón, las alpargatas y las mulatas. No pudiéramos encontrar una afirmación más grosera y ofensiva”.<sup>8</sup>

Si agregamos también que la palabra mulato es un término peyorativo, que lo compara con un mulo: hijo de la yegua y el burro, la connotación de una expresión discriminatoria que lo humilla junto a la mulata tildándolos de animales, rebasa los límites del choteo y establece puentes incomunicables para la dig- nidad racial.

Una anécdota del dramaturgo Eugenio Hernández Espinosa señala cómo, al salir de una puesta del bufo escenificada por el galle- go, la mulata y el negrito, fue víctima de la discriminación por los muchachos blancos del barrio que habían asistido a la misma función: “A la salida empezaron a burlarse de los negros, a boncharnos, a llamarnos con el nom- bre del personaje caricaturesco”.<sup>9</sup>

Este acto de discriminación, aún en el contexto actual, se desarrolla en diversos espa- cios humorísticos, donde no sólo el negro es víctima de racismo solapado y supuestamen- te jocoso inherente al choteo cubano, sino la mulata también. Se pueden ver lo mismo en el Café TV, del edificio Focsa, que en el teatro América o en el Astral.

A la mulata, esa suerte de estereotipo de la belleza cubana, se le aplaude o se le recrimina

porque “ligó” a un pepe (ciudadano español), para abandonar el país o porque quiere adelan- tar la raza y hacerse blanca a como dé lugar. Y aunque todas las mulatas de aquella época o de la presente no fueron así, ni tuvieron o tienen las mismas aspiraciones, las entrampadas por el “síndrome de Cecilia” provocan, no en pocas ocasiones, los actos de discriminación.

Un blanco a cualquier precio, y si es ex- tranjero mejor, parece el único fin de las epí- gonas de Cecilia Valdés. “Un negro trae atraso y hay que adelantar la raza”, suelen decir. “El negro lo hizo Dios para completar un grupo/y como lo vio tan bruto al Diablo se lo entre- gó”, canturrean algunas. “Blanco como la masita de coco, aunque me empache”, o “Un blanco es claridad, un negro; sombras”, repi- ten otras.

De acuerdo con Rómulo Lachateñeré: “En sus reacciones propias, los mulatos no se consideran a sí mismos como negros —y, no obstante, saben que no son blancos—. En consecuencia, un primer impulso es “negar su propia raza” (...) y realizar los ajustes neces- sarios para acercarse o alejarse de los negros de acuerdo con que sean favorables o desfavo- rables las reacciones del ambiente en donde se desenvuelven”.<sup>10</sup>

Un rezago actual derivado de la “síntesis de contradicciones inherentes a la pirámide de subordinaciones con que Enrique José Va- rona identificó a la sociedad colonial cubana”, asoma a veces la oreja peluda del racismo en la Cuba de hoy, en una copla que en su versión popular reza así:<sup>11</sup>

*Ser blanco es una carrera,  
mulato una maldición,  
negro un saquito e' carbón  
que se le vende a cualquiera.*

Para muchos críticos del comportamien- to actual de la mulata, el teatro bufo cubano

se ha trasladado en la máquina del tiempo de H.G. Wells para las calles del país. Según estos empedernidos cultivadores del racismo nacional, la triada del gallego, la mulata y el negrito es una presencia cotidiana en la sociedad cubana actual. En sus comunes expresiones, el escenario es otro y los roles también, pero siguen con el mismo propósito de obtener favores con el color de su piel. El gallego (o cualquier extranjero que sea blanco), por su raza “superior”; la mulata, por su sexualidad; y el negrito a su sombra, para sobrevivir.

Y aunque los niveles de los actores cambiaron, se mantiene la relación. Ahora el gallego no usa alpargatas y es el de los “toletones” (billetes); la mulata es la jinetera y el negrito, el proxeneta que la alquila o la vende, mientras estafa al “pepe” con falsas marcas de tabaco y adulteradas botellas de ron. Todo y nada cambió. “Las mulatas saltaron del barracón al Iberia”, expresó un individuo a otro, sentados en el Malecón.

Si la Cecilia de Cirilo Villaverde “incorpora una política sexual que naturaliza el cuerpo de la mujer como forma de movilidad social ascendente al estatus blanco”, las mulatas que lo hacen en la actualidad es en busca de una independencia económica y libertad social, si bien refrendada para todos en la Carta Magna del país, sólo alcanzada a plenitud con la presencia de un pasaporte extranjero en su poder.<sup>12</sup>

El mito de la sexualidad de la mulata, exacerbado por muchas de las que padecen el “síndrome de Cecilia” Valdés, ubican a veces en el mismo plano discriminatorio y soez a quienes sueñan con blanquearse y subir en la escala social, y a las que no se prostituyen física ni espiritualmente y viven orgullosas de su color, sin menospreciar por más oscuros, a los negros; ni anhelar, por más claros, a los de blanca piel.

Como bien señala Inés María Martiatu sobre el tema de la sexualidad de la mulata, “la

aceptación y persistencia de estos esquemas y de estas operaciones de distorsión y enmascamiento demuestran cómo la falsedad de estos modelos no impide que sean aceptados y que perseveren en el imaginario popular del pueblo hasta nuestros días”.<sup>13</sup>

El acto de ser o no ser blanca y morir en el intento, “más que una falsificación, un fraude, representa la invalidez de la categoría raza, su crisis”.<sup>14</sup> Los caminos de la identidad racial están delimitados, por más que los tonos de la piel se entrecrucen, disfracen y sean manipulados o fingidos por los renegados de su color.

La cuestión no está en ser blanco, negro o mestizo; la dignidad es ser consecuentes con los valores de la condición humana, más allá de la identidad racial que se adquiere por el color de la piel. Parecer algo es una mentira; serlo es la única verdad.

#### Notas

1- Martiatu, Inés María. *Bufo y Nación*. Letras Cubanas: La Habana, 2008: 94.

2- *Ibidem*, 93.

3- Del Valle, Sandra. *La Gaceta de Cuba* (mayo-junio de 2009): 52.

4- *Ibidem*.

5- Villaverde, Cirilo. *Cecilia Valdés o La loma del Ángel* (Instituto Cubano del Libro: La Habana, 1972): 2.

6- *Ibidem*, 73.

7- Martiatu, Inés María. *Op.cit*, 12.

8- *Ibidem*, 92.

9- Martiatu, Inés María. “Eugenio Hernández, un dramaturgo entre la polémica y altos riesgos.” *La Gaceta de Cuba* (enero-febrero de 2005): 6-10.

10- Romay, Zuleica. “Mito, sociedad y racialidad en Cuba,” in *La Gaceta de Cuba* (mayo-junio de 2012): 14.

11- *Ibidem*, 15.

12- Martiatu, Inés María. *Op.cit*, 94.

13- *Ibidem*.

14- Del Valle, Sandra. *Loc. cit*.